

taba más que una cosa, hacer permanente la fuerza que los mercenarios daban á la monarquía. Ese cambio en la organizacion militar fué nada ménos que una revolucion: fué el paso de los tiempos feudales á los tiempos modernos.

No hay mal absoluto: esto es tan cierto en lo relativo al derecho de guerra como en lo concerniente á los mercenarios de la Edad Media. El fin que la humanidad persigue, instintiva ó conscientemente, es la disminucion del mal en este mundo; y ese fin lo alcanza con el auxilio de Dios. El bien sale del mal mismo. En medio de las crueldades de la Edad Media, los sentimientos se elevan y se depuran; cambia insensiblemente el derecho de guerra; la crueldad hace lugar á la humanidad y la perfidia á la buena fe. Sigamos con júbilo el progreso de esa bienhechora revolucion.

### SECCION 3.

#### GÉRMENES DE HUMANIDAD.

¿Se puede hablar de humanidad en la Edad Media? En apariencia hay un desbordamiento de crueldad y de perfidia; la antigüedad, tan fecunda en tiranos, no tiene personajes más odiosos que los *Ezzelinos* y los *Roberto de Belesma*; los mismos caballeros, aquella flor del feudalismo, están manchados de sangre y rebosan de mala fe. Aquel espectáculo parece que confirma la desoladora doctrina de que todo se perfecciona en este mundo ménos el hombre: las pasiones parecen ser hoy día lo que eran hace dos mil años. Nosotros no creemos en esa persistencia del mal. Que se compare el estado actual del mundo á su antiguo estado, y se advertirá un progreso evidente en las instituciones sociales y en los sentimientos generales de los pueblos. Ese progreso no se hubiera verificado siendo el hombre siempre el mismo. ¿Por ventura no es el autor de los cambios que en él se verifican, bajo la inspiracion de Dios? Si aquellos cambios constituyen un perfeccionamiento, esto implica necesariamente un progreso en el hombre interior. Lo que nos engaña cuando estudiamos el género humano es la lentitud inevitable de las modificaciones que en él se verifican; pero colocándose á distancia de algunos miles de años, el cambio aparece evidente. ¿Qué es si no este sentimiento de humanidad cuyas huellas buscamos en la Edad

Media? ¿Le conocian los antiguos? Apenas se descubre entre ellos un débil germen de la virtud que caracteriza á los tiempos modernos. Uno de nuestros antepasados fué el que pronunció estas terribles palabras: *¡Ay de los vencidos!* Ni habia derecho ni piedad para ellos; la muerte ó la esclavitud eran su lote. Que se abran las admirables historias de la Grecia y de Roma; no se les escapa un grito de reprobacion de los hechos cuyas horribles escenas nos refieren. Los más grandes entre ellos son los que hacen gala de un patriotismo más salvaje; y cuanto más amor hay á la ciudad, tanto más aumenta el odio al extranjero. Hoy día los sentimientos han cambiado. La caridad y la humanidad no conocen nacionalidad; el vencido es sagrado; lleva sobre su frente la marca de su origen divino, es el igual del vencedor, porque es hombre como él. Hé aquí una revolucion inmensa, pero que no se ha hecho en un día. Esos cambios exigen siglos para realizarse, y están en germen en las costumbres germánicas del cristianismo.

Un ilustre historiador dice que quizá es á la institucion de la caballería á la que somos deudores de la humanidad que algunas veces se mezcla entre los horrores de la guerra (1). La historia puede afirmar lo que *Robertson* sólo indica en forma de duda. Nosotros no participamos de las ilusiones de la poesia relativamente á los tiempos caballescicos; al contrario, hemos insistido en demostrar la barbarie de aquella época, de la cual se nos quiere hacer un ideal. Pero ¿era toda crueldad y perfidia en las costumbres del feudalismo? Que se lean los juramentos que los caballeros prestaban; juraban:

„Que no combatirán nunca, acompañados, contra uno solo, y que no emplearán fraude ni supercherías;

„Que guardarian la palabra inviolablemente á todo el mundo;

„Que serian fieles observadores de los pactos y de los empeños contraidos; y que, siendo hechos prisioneros en buena guerra, pagarian exactamente el rescate prometido ó se darian presos en el día y tiempo convenido, segun su promesa, so pena de ser declarados infames y perjuros;

„Y que en todas las cosas serian fieles, corteses, humildes, y no faltarían jamás á su palabra

(1) ROBERTSON, *Hist. de Carlos V.*, Introduccion.

por más mal ó daño que de ello pudiera resultarles,, (1).

No dirémos que esos juramentos fuesen siempre observados; ¿cuánt es la corporacion que jamás faltó á sus deberes? Las costumbres eran bárbaras, y frecuentemente se sobreponia la barbarie. Pero no es poco el que se hicieran promesas de lealtad y de generosidad, virtudes que acabarán por penetrar en las costumbres. Ya en la Edad Media se difundieron los sentimientos caballescicos fuera del círculo de la caballería. Las ciudades italianas se diferenciaban grandemente de las sociedades feudales, y los Hohenstaufen y sus nobles guerreros se quedaron admirados y hasta escandalizados de ver armados á los artesanos, á los que ellos hubieran llamado la canalla (2). ¡Y bien! Aquellas repúblicas burguesas mostraban en sus hostilidades una lealtad y una generosidad que rayaba ya en lo novelesco; entre ellas se reputaba vergonzoso el sorprender á un enemigo de improviso: „En Florencia habia una campana de guerra, llamada *Martinella*, que se tocaba día y noche un mes ántes de comenzar las hostilidades, á fin de que los enemigos pudiesen prepararse á la defensa,, (3). Esa práctica caballescica recuerda á los *Nibelungen*: el rey de Dinamarca, al anunciar las hostilidades á Gunthero, rey de los Borgoñones, le dice que se procure el apoyo de todos sus amigos. Las leyes del combate judicial se extendieron á las guerras públicas. Un duelo sin reto previo y sin lealtad no era más que un asesinato; y las guerras, como duelos entre pueblos, tuvieron tambien sus mismas reglas. Las ciudades italianas enviaban al enemigo el *sangriento guante del combate* (4); algunas veces el reto se hacia á día y hora fijos, como en un palenque cerrado; y aquellos usos se observaban en las grandes guerras lo mismo que en las pequeñas luchas feudales. Luis el Gordo anunció al rey de Inglaterra que tal día entraria por sus tierras y le libraria la batalla (5).

(1) GUIZOT, loc. XXXVI, citando á COLOMBIÈRE, *Ferdinando teatro del honor y de la caballería*, t. I, p. 22.

(2) OTTON, FRISINGENS., *de gestis Frederici*, II, 13: „Quos libet ante arbitrium, etiam mechanicorum artium opifices, quos ceterae gentes ab honestioribus et liberioribus studiis tamquam pestem propellunt, ad militiae cingulum vel dignitatum gradus assumere non dedignantur.“

(3) MACHIAVELLI, *istoria fiorentina*, lib. II.

(4) „Il guanto sanguinoso della battaglia.“ MURATORI, *Antiquit.*, Dissert. XXVI, t. II, p. 531.

(5) SUGER, *Vita Ludovici Grossi*, a. 1119 (BOUQUET, XII, 45).—DUCANGE, véase *Diffidare*, trae muchos ejemplos.

En el siglo XIV (1339), Eduardo de Inglaterra envió al rey de Francia un heraldo „para pedir y aceptar el día de la batalla... El rey de Francia lo escuchó de buen grado y aceptó el día. Y el heraldo regresó al lado de sus señores, dice *Froissart*, bien provisto de buenos mantos forrados que el rey de Francia y los señores le dieron por las excelentes nuevas que los habia llevado,, (1). Una guerra que no habia sido precedida de su reto en forma se reputaba una traicion (2).

La lealtad y el honor son parte esencial de la caballería; no hay deber más sagrado para los caballeros que la fe en su palabra. Los juramentos prestados por lo más escogido de la poblacion guerrera y la autoridad del ejemplo debían difundir la buena fe y hacer de ella una ley para todos los combatientes, y tal era, en efecto, el sentimiento dominante en la Edad Media. Sin duda que la ambicion, esa ruda pasion del feudalismo, hizo olvidar más de una vez la palabra empeñada y el juramento prestado sobre los Evangelios y las santas reliquias. Pero para juzgar una época, hay que apelar á la conciencia general; si ésta reprueba á los que violan la fe jurada, no hay duda que estos hombres son culpables, pero no son la expresion de su tiempo. Registremos las crónicas y oigamos á los poetas. Unas y otros nos dirán lo que el feudalismo pensaba acerca de la lealtad para con los enemigos. Si el faltar á la palabra hubiera sido alguna vez excusable, nunca más que en las luchas de la cristiandad contra los Sarracenos: ¿no eran éstos los enemigos de Cristo y los hijos de las tinieblas? Sin embargo, el más antiguo poema caballescico, el *Cantar de Rolando*, dice: „Tal era la ley establecida, que, cuando un Sarraceno y un cristiano pactaban una tregua, ninguno de ellos debía romperla, y que en el caso de que uno ú otro la violara, el infractor debía ser castigado de muerte,, (3). Los cronistas, que participaban de las pasiones de los guerreros, lanzan su reprobacion contra aquellos que no observan las treguas. *Guillermo de Nangis* trata de infame la conducta de Reinaldo, principe de Antioquia, porque, en medio de una paz jurada, sorprendió una caravana de Turcos (4). Cuando Felipe Augusto, á pesar de los

(1) FROISSART, lib. I, P. I, c. XC.

(2) VILLEHARDOUIN, c. CXII.

(3) Traduc. de DELÉCLUZE, *Roland o la Caballería*, t. I, p. 17.

(4) GULLI, DE NANGIS, *Chronica*, ad a. 1188.

juramentos prestados, quiso invadir la Normandía, sus vasallos rehusaron seguirle por respeto a la fe jurada (1). Aquellos sentimientos arraigarán en los ánimos y adquirirán tal fuerza, que la lealtad será una ley invariable para los combatientes que observarán sin necesidad de juramento.

Aún causará más admiración encontrar en los rudos guerreros de la Edad Media el sentimiento de humanidad. La antigüedad, a pesar de su brillante civilización, no lo ha conocido. ¿No es una paradoja el decir que el feudalismo fué más humano que Atenas y Roma? El hecho, sin embargo, no podía ser negado. Una inmensa revolución se verifica en el derecho de gentes en medio de la barbarie feudal. La guerra era la gran fuente de la esclavitud entre los antiguos; la servidumbre sobrevivió a la invasión de los pueblos del Norte: los Bárbaros, dicen los analistas, arrastraban en pos de sí a los vencidos atraillados como perros (2). Tal sucedió durante toda la época transitoria que separa la antigüedad de los tiempos feudales. Pero cesa con el feudalismo la esclavitud de los vencidos, porque repugnaba a la naturaleza de las guerras feudales, las cuales eran de ordinario contiendas de interés privado que se resolvían entre los señores con las armas en la mano, sirviendo de fallo la victoria. Tales luchas eran la expresión más alta del sentimiento de personalidad que domina en la raza germánica; y ¿cómo habían de llegar a despojar al vencido de su personalidad y hacer de él una cosa? La servidumbre de los vencidos hubiese sido una contradicción con todo el estado social. No había ya servidumbre personal: ya no podía tratarse de reducir al vencido a esclavitud; todo lo más a que podía llegar era a ser siervo. Para éste no había un cambio de condición; y para el caballero, la servidumbre no era siquiera concebible; el vencedor era dueño de darle muerte, de torturarlo, de despojarlo; pero hacer de un noble un siervo, era cosa imposible. La suerte de los vencidos era un cautiverio más ó menos duro que se libertaban por medio de un rescate; frecuentemente pagaban su libertad con sus tierras; al conde Tibaldo le costó la suya el perder a Tours

(1) ROGER DE HOVEDEN, *Ann.*, p. 718: «Primates regni sui noluerunt ei consentire, dicentes quod Dominus Papa excommunicaverat omnes qui guerram facerent in terra regis Anglie ante reditum suum et quod ipsi juraverant tenere ei et terre sue pacem, donec rediret.»

(2) BOUQUET, *ii*, 429.

y sus dependencias, y al duque de Aquitania, prisionero del conde de Anjou, le costó el Saintonge (1). Alguna que otra vez el vencedor se mostraba más generoso. En el poema de los *Nibelungen*, Segifredo quiso que se diera la libertad sin rescate a los prisioneros, siempre que dieran palabra de no volverle a hostilizar. Después de la batalla de Mortemer, Guillermo el Bastardo devolvió los prisioneros, sin más que hacerles pagar sus gastos (2). Las guerras feudales eran verdaderas guerras civiles, siempre que el vasallo combatía al señor feudal; si éste triunfaba, aquél merecía la muerte, aunque frecuentemente la humanidad se sobreponía al estricto derecho. Los Lombardos eran vasallos sublevados a los ojos de los Hohensaufen; sin embargo, después del sitio de Cremona, en que ambos partidos habían cometido atrocidades inauditas, Federico encontró que «el más glorioso triunfo era dejar la vida y la libertad a los vencidos» (3). Después de la toma de Milán, el emperador ordenó la destrucción de la ciudad, pero indultó a sus habitantes (4). Un vasallo de Felipe Augusto suscitó una coalición peligrosa contra su señor; el rey de Inglaterra, el emperador de Alemania y el conde de Flandes se proponían nada menos que la repartición de la Francia. Felipe Augusto combatió en Bouvines por su existencia; sus vasallos merecían la muerte (un contemporáneo es el que lo dice); sin embargo, el rey les perdonó la vida, y casi todos recibieron la libertad mediante un rescate (5).

Que se comparen las guerras civiles de la Grecia y de Roma y el tratamiento horrible de los vencidos con aquella generosidad de los tiempos feudales, y habrá que convenir en que un nuevo espíritu anima a la Edad Media; no es todavía la humanidad; las costumbres eran demasiado rudas,

(1) 1041. *Gesta Consulum Andegavens.* (BOUQUET, *xi*, 267).

(2) *Chronie. de Normandia* (en BOUQUET, *xi*, 341).

(3) RADEVIC, *De gestis Frederici II*, 63 (MURATORI, *vi*, 838): «Sicque gloriosius ex ipsa triumphamus, quod tam miseræ genti vitam concessimus. Leges enim tam divine quam humane summam semper clementiam in principe esse debere testantur.»

(4) Federico I escribe al conde de Soissons: «Ex indulto imperiali clementiæ, que nullum magis quam Imperatorem et principem decet, universos Mediolanenses vitæ munere donavimus» (D'ACHERY, *Spicil.*, *iii*, 536).

(5) G. ARMORICENSIS, *de gestis Philippi* (BOUQUET, *xvii*, 100): «Licet omnes de regno suo, qui in mortem ipsius conspiraverant et præ posse suo ipsum occidere procuraverant, secundum leges et secundum terre illius consuetudines capitis essent plectendi, ipse tamen, tanquam mitis et misericors, vitam omnibus condonavit.»

pero es la lucha de ese sentimiento contra la barbarie. Alguna que otra vez, la barbarie era la más fuerte; ya hemos referido un rasgo atroz de Ricardo Corazón de León; el rey se vanagloria por el suplicio de los Sarracenos; pero su ferocidad encuentra reprobadores. Tucídides cuenta friamente y sin censura la crueldad de los Atenenses, no obstante que los vencidos eran Griegos; los cronistas de la Edad Media censuran al rey de Inglaterra que había dado muerte a los Sarracenos contra todo derecho y toda justicia (1): es el despertar de la conciencia humana. Ezzelino, tirano de Padua, hecho prisionero, fué herido por un soldado; y el historiador italiano que refiere el hecho censura severamente al autor: «No ha merecido elogio alguno, dice, antes bien, reprobación por semejante bajeza, porque ultrajar a un prisionero, noble ó villano, es como si se golpease a un cadáver» (2).

La generosidad hacia los vencidos entró en las costumbres y se manifestó con esplendor en las guerras nacionales del siglo XIV. Ya hemos dicho cuál fué la conducta caballeresca de Eduardo III; y no era aquel sentimiento peculiar de unos

cuantos hombres a quienes su buen natural elevaba sobre el nivel de su época, sino que todos los guerreros estaban animados del nuevo espíritu. «Después de la batalla de Poitiers, dice *Froissart*, después que los caballeros ingleses y gascones hubieron agasajado a sus prisioneros, cada cual se fué a su tienda con los caballeros y escuderos que había cogido, y les preguntaron cuánto podrían pagarles bajo su palabra sin demasiado gravamen; y les creyeron sin dificultad, diciéndose unos a otros que no querían extremar el rescate de ningún caballero ni escudero, a fin de no imposibilitarles para sostener el decoro de su rango.» Hay, sin embargo, que hacer una restricción a estos elogios; sobre la Edad Media no se puede afirmar nada en absoluto; las más contrarias afirmaciones participan igualmente de verdad. El móvil de los caballeros era una mezcla de humanidad, de interés y de orgullo de casta; hay allí una lucha de sentimientos opuestos; pero la victoria, en definitiva, será de los mejores.

Un sentimiento hay, sin embargo, que faltaba al feudalismo, el amor a la paz. ¿Bajo qué influencia se ha desarrollado ese sentimiento, que por cada día va adquiriendo un poder creciente? En medio de las costumbres guerreras existía una religión de paz: es el cristianismo el que ha hecho de la paz la ley del género humano.

(1) *Chronie. Sicardii Cremonensis Episc.* (MURATORI, *vii*, 613): «Contra fas et licitum.»

(2) ROLANDINUS, *xii*, 8, en MURATORI, *viii*, 351.